

A. V. C.

El porvenir de las relaciones franco-alemanas

EL AL es el título con que M. Ambroise Got estudia en el *Mercure de France*, 1.º de Enero de 1925, el actual problema internacional de Europa.

Señala, como base de sus razonamientos, la situación de Francia ante los problemas externos posteriores a la guerra. Caducado el acuerdo transitorio de los países aliados, que imponían con imperio las necesidades bélicas; restituidas las naciones, con caracteres agudos, a la defensa de sus particulares intereses, dejado de mano todo criterio de solidaridad, de cooperación internacional; entregada a sus propios destinos, a su exclusiva decisión, deprimida su potencia económica, subsistente el desequilibrio de su Hacienda, Francia queda sola, frente a Alemania en la discusión de los derechos y las obligaciones que derivan del Tratado de Versalles.

Ambas naciones se hallan como dominadas por las tendencias exageradamente nacionalistas que constituyen el estado de ánimo general posterior al conflicto, ahogadas en el punto de vista de sus intereses particulares; no ceden en la tenacidad de la ofensiva ni en las argucias de la defensa; se señalan como mira sus intereses más inmediatos; obran guiadas por fuerzas más sentimentales que reflexivas. Son, solas, una frente a otra, dos fuerzas que entrañan dos criterios irreductibles.

Todo el mal proviene de que el problema, desde su origen, no ha sido internacionalizado y, en vez de ser la piedra

angular de la nueva Sociedad de las Naciones, ha sido transformado en una competencia nacional y ha llegado a ser elemento de explosión en Europa». Tal es la posición en que han quedado estos dos países que, en opinión de M. Got, deberían ser como dos baluartes de la paz de Europa, «dos focos de trabajo ardoroso y de intensa producción».

En tales condiciones de entendimiento, dos graves problemas requieren ser resueltos en bien de la paz franco-alemana, que es la paz europea. El primero, de carácter económico, derivado de la guerra, es el problema de las reparaciones con sus consecuencias,—reglamentación de las deudas interaliadas, reconstrucción económica y financiera de los países beligerantes, la cuestión de los cambios, etc.;—el otro es un problema moral, histórico, pero también económico: el dualismo franco-alemán, que es, además, el problema de la seguridad de Francia.

El problema de las reparaciones no podrá ser resuelto si no se soluciona previamente la cuestión de las deudas interaliadas con espíritu de absoluta equidad. Por otra parte, este litigio va unido íntimamente a las posibilidades de la futura seguridad de Francia. La cancelación de las deudas de reparaciones está ligada a la unidad política y económica del Reich. Ahora bien, cumplidos sus compromisos, Alemania, fuerte, populosa, unida, en contacto geográfico con Francia, ofrecería a ésta un peligro perpetuo, supuesto que hubiera de continuar la política de aislamiento y de agresión.

Tales son las bases que ofrece la realidad. ¿Cuál será la solución acertada del gravísimo problema? Desde luego, no puede pensarse en la anexión de la Rhenania, resistida violentamente por el pueblo alemán. De otra parte, queda la necesidad de exterminar el espíritu imperialista, de alejar para siempre la política de suspicacias; «es preciso matar la leyenda de nuestro imperialismo, que nos ha hecho el más grave de los daños y que ha llegado a aislarnos del mundo» dice M. Got. Tampoco es posible independizar esos territorios, constituyéndolos en Estado-barrera, porque tal solución es también con-

traría a la voluntad de la nación alemana. Un pacto de garantía entre Francia, Inglaterra y Alemania podría crear un *modus vivendi* tolerable; pero los pactos caducan pronto.

Vuelve, entonces, M. Got a las bases generales establecidas en su análisis de las causas determinantes del actual conflicto. El problema es de carácter internacional, y no será resuelto, sino a condición de volver a los procedimientos internacionales. Sólo un acuerdo fundado en la solidaridad internacional representada por la Sociedad de las Naciones, puede ofrecer a Alemania y a Francia las cauciones y la tranquilidad que uno y otro país reclaman. «Es preciso, dice, que la Sociedad de las Naciones se instale permanentemente en Colonia o en Coblenza, que la Rhenania o, por lo menos, la ribera izquierda del Rhin, quede sometida a su fiscalización, independientemente de su régimen interior, que sólo corresponde determinar a los habitantes». Es a esta Sociedad de las Naciones, integrada por Alemania misma, por Rusia y los Estados Unidos, a quien correspondería separar a Alemania de Francia, alejando las posibilidades de una nueva catástrofe, y hasta el momento en que la opinión universal, representada por aquélla, considerara terminada toda base de conflicto.

Solucionado este primer aspecto del problema integral, falta señalar las vías por las cuales podría llegarse a corregir el dualismo franco-alemán, que constituye la raíz histórica y moral de las profundas diferencias entre ambas naciones.

«Puesto que estamos condenados a una vecindad perpetua, es necesario que encontremos un terreno de arreglo», dice el autor. Para salvar las hondas diferencias, no hay otro medio que allanarlas, favoreciendo la cooperación en el terreno económico. La guerra creó entre vencedor y vencido una visible solidaridad de intereses materiales; desconocerlo, equivale a seguir un camino que la realidad se encargará de desviar, por falso.

Liquidada la cuestión de las reparaciones en su aspecto material, hay que resolverla en sus bases morales. «La reconciliación no se realizará sino cuando cese la guerra de las al-

mas, mucho más cruel y más nefasta que la de los espíritus. Alemania podría obtener, si no la revisión del Tratado de Versalles, a lo menos ciertas condiciones,—restitución de algunas colonias, posibilidad de dar, por la emigración, una solución conveniente al problema del exceso de población,—si se esforzara en mostrar al mundo su buena voluntad para cumplir un pacto suscripto por ella.

Pero ambas naciones no se entenderán en el dominio moral, sino cuando se echen las bases de un entendimiento económico exigido por la comunidad en ciertos intereses industriales, tan claros y tan rigurosos, que sólo un exceso de ceguera sentimental puede haber llegado a desconocerlos.

El 10 de Enero de 1925 vence el plazo de cinco años que el Tratado de Versalles fijó a la situación de privilegio de la industria y el comercio franceses respecto de Alemania. Es preciso, entonces, establecer nuevas bases para las relaciones económicas de los dos países. De ambas partes ha habido ya manifestaciones de firme voluntad para encontrar esas bases; un acuerdo amplio, beneficioso para la vida económica de Francia y Alemania, puede llegar a producirse muy pronto.

La industria siderúrgica es el terreno en que se ve más claramente la necesidad de la cooperación económica franco-alemana. Con la reincorporación de la Lorena, el poder de la producción siderúrgica francesa se ha duplicado; en cambio, su capacidad de absorción, respecto de esta materia prima, es la misma. El comprador más natural es el antiguo explotador de estas minas, hoy en manos francesas.

Por otra parte, Francia dependerá en este dominio de las entregas de carbón por parte de Alemania. Los industriales de las minas lorenasas eran los mismos propietarios de las minas del Rhur; así, pues, el fierro y el acero franceses quedan ligados al carbón alemán; la expansión de la industria siderúrgica de Francia está en estrecha colaboración con la industria alemana del carbón. Las estadísticas de producción y ventas comprueban claramente esta deducción.

Por lo demás, la capacidad de pago de Alemania dependerá

de su actividad comercial y de su equilibrio financiero; el pago en especies está ligado a la estabilización del marco.

Estos problemas alemanes no son extraños, pues, a la nación francesa. La enorme mayoría del pueblo francés y del pueblo alemán quiere la paz; la cooperación franco-alemana en el terreno económico sería mirada por el mundo entero como un signo de tranquilidad en lo presente y como una base cierta de seguridad para la paz del porvenir.

«Sólo mediante una política práctica, afianzada por la acción de la Sociedad de las Naciones establecida en la Rhenania, lograremos asentar sobre bases definitivamente pacíficas las relaciones franco-alemanas».

Tales son las palabras con que M. Ambroise Got termina este estudio serio, claro, desapasionado, guiado por ese criterio positivo que busca, más que lo que debiera ser, lo que en realidad es.

Son dignas de notarse estas virtudes, porque no se hallan con frecuencia en los autores a quienes un punto de vista estrechamente nacionalista priva de la visión desinteresada de la realidad, y da a sus palabras el sello de un alegato de litigante, los violentos y ampulosos caracteres de la polémica. Haber evitado este común error, constituye, tal vez, el principal valor del estudio que comentamos.

A. V. C.